Sustento del uso justo de Materiales Protegidos

derechos de autor para fines educativos

UCI
Universidad para la Cooperación Internacional

UCI
Sustento del uso justo de materiales protegidos por
derechos de autor para fines educativos

El siguiente material ha sido reproducido, con fines estrictamente didácticos e ilustrativos de los temas en cuestión, se utilizan en el campus virtual de la Universidad para la Cooperación Internacional – UCI – para ser usados exclusivamente para la función docente y el estudio privado de los estudiantes pertenecientes a los programas académicos.

La UCI desea dejar constancia de su estricto respeto a las legislaciones relacionadas con la propiedad intelectual. Todo material digital disponible para un curso y sus estudiantes tiene fines educativos y de investigación. No media en el uso de estos materiales fines de lucro, se entiende como casos especiales para fines educativos a distancia y en lugares donde no atenta contra la normal explotación de la obra y no afecta los intereses legítimos de ningún actor.

La UCI hace un USO JUSTO del material, sustentado en las excepciones a las leyes de derechos de autor establecidas en las siguientes normativas:

a- Legislación costarricense: Ley sobre Derechos de Autor y Derechos Conexos, No.6683 de 14 de octubre de 1982 - artículo 73, la Ley sobre Procedimientos de Observancia de los Derechos de Propiedad Intelectual, No. 8039 – artículo 58, permiten el copiado parcial de obras para la ilustración educativa.
b- Legislación Mexicana; Ley Federal de Derechos de Autor; artículo 147.
c- Legislación de Estados Unidos de América: En referencia al uso justo, menciona: "está consagrado en el artículo 106 de la ley de derecho de autor de los Estados Unidos (U.S,Copyright - Act) y establece un uso libre y gratuito de las obras para fines de crítica, comentarios y noticias, reportajes y docencia (lo que incluye la realización de copias para su uso en clase)."
d- Legislación Canadiense: Ley de derechos de autor C-11– Referidos a Excepciones para Educación a Distancia.
e- OMPI: En el marco de la legislación internacional, según la Organización Mundial de Propiedad Intelectual lo previsto por los tratados internacionales sobre esta materia. El artículo 10(2) del Convenio de Berna, permite a los países miembros establecer limitaciones o excepciones respecto a la posibilidad de utilizar lícitamente las obras literarias o artísticas a título de ilustración de la enseñanza, por medio de publicaciones, emisiones de radio o grabaciones sonoras o visuales.

Además y por indicación de la UCI, los estudiantes del campus virtual tienen el deber de cumplir con lo que establezca la legislación correspondiente en materia de derechos de autor, en su país de residencia.

Finalmente, reiteramos que en UCI no lucramos con las obras de terceros, somos estrictos con respecto al plagio, y no restringimos de ninguna manera el que nuestros estudiantes, académicos e investigadores accedan comercialmente o adquieran los documentos disponibles en el mercado editorial, sea directamente los documentos, o por medio de bases de datos científicas, pagando ellos mismos los costos asociados a dichos accesos.

Anuario de Psicología
2000, vol. 31, nº 4, 9-25
© 2000, Facultat de Psicologia
Universitat de Barcelona

Paisajes de la psicología cultural

Josep Garcia-Borés
Universitat de Barcelona

El artículo pretende introducir al lector en el territorio de la psicología cultural, accediendo a él, no tanto por la presentación de su producción temática, como por las apuestas teóricas y epistemológicas que la han obstaculizado o posibilitado. Esta opción permitirá, en primer lugar, comprender las razones de su tardía consolidación, en un recorrido que llevará hasta la década de los noventa del siglo XX. Posteriormente, permitirá perfilar las opciones teóricas desde las cuales se puede hacer, hoy en día, psicología cultural, desarrollando con mayor detalle una de ellas, la socioconstruccionista. Por último, se delimitan las lindes de la psicología cultural actual y sus posibilidades de futuro.
Palabras clave*: psicología cultural, socioconstruccionismo.*

This article aims to introduce the reader to the territory of cultural psychology, approaching it not so much via a presentation of its products but via the theoretical and epistemologic proposals which have favoured or hindered its development. This option allows us, first of all, to understand the reasons for the delay in its consolidation, in a review that will take us up to the last decade of the twentieth century. It will then allow us to consider the theoretical approaches available today to cultural psychology, with a particular focus on the socioconstructionist approach. Finally, we define the limits of current cultural psychology, and suggest possible future developments.
Key words*: Cultural Psychology, Socioconstructionism.*

Correspondencia: Departamento de Psicología Social, Facultad de Psicología. Pg. de la Vall d'Hebron, 171. 08035 Barcelona.

La tardía consolidación de la psicología cultural

A pesar de los múltiples precedentes históricos en el interés por las relaciones entre lo cultural y lo psicológico, la consolidación de un espacio específico, reconocible bajo la denominación de *Psicología Cultural*, es tardía. En efecto, si pasamos por alto la casi anecdótica utilización del término por parte, entre otros, de Price-Williams (1980) o de Kantor (1982), los primeros textos académicos con este rótulo aparecen a principios de la década de 1990. Ello queda patente en obras como *Cultural Psychology* de Stigler, Shweder y Herdt (1990), en la que Shweder escribe bajo el título *Cultural Psychology - what is it?*, o cuando Cole escribe *Cultural Psychology: A Once and Future Discipline?* (Cole, 1990).

En cierto modo, esta reciente consolidación nos obliga a preguntarnos por los motivos que puedan justificar la omisión de la dimensión cultural por buena parte de la psicología del siglo XX. No creemos que sea simple desinterés temático. Del mismo modo que hubo psicólogos interesados por los procesos de interacción social, por los procesos grupales o por los movimientos colectivos, también la historia nos muestra que hubo psicólogos que se interesaron por la influencia de la cultura en el comportamiento. En este sentido no puede decirse que el pensamiento psicocultural nazca en 1990, puesto que existen precedentes evidentes. Hay antecedentes clásicos; también antecedentes en los propios inicios de la psicología considerada científica; y hay, junto a las psicologías dominantes del siglo XX, psicologías paralelas que, en mayor o menor medida, contemplaron la cultura, sea en la órbita del psicoanálisis, en la de la psicología soviética o en la de las corrientes teóricas afines al pragmatismo norteamericano.

Sin embargo, por encima incluso de las propuestas concretas de las diferentes opciones teóricas, lo que ciertamente destaca es que la cultura ha estorbado a la psicología. Algunas tendencias de pensamiento psicológico son bien representativas de esta incomodidad. Entre ellas destaca el persistente *biologismo*, ya no digamos el *geneticismo*. Más allá de ver lo biológico como soporte orgánico de lo psicológico, o del importante estudio de las alteraciones psicológicas motivadas por problemas somáticos, nos referimos a esa postura reiterante de entender lo biológico como factor determinante de la experiencia psicológica. Como si las dudas, los miedos, las ilusiones o el modo de valorarse uno mismo, pudieran transmitirse misteriosamente –como dice Anastasi (1971)– a través de los genes, o verse instaurados por el capricho de un neurotransmisor travieso. Pero, en fin, no vamos a dedicarnos aquí a rebatir posturas en las sigue viva la herencia de Lombroso.

Obstáculo de mayor envergadura ha sido, posiblemente, un *psicologismo individualista* que ha caracterizado a diversos enfoques psicológicos. Enfoques que se han centrado en el individuo como si fuera un ente aislado, independiente; que no han podido ver lo social sino como un conjunto de variables externas que influyen en ese individuo; que no han podido concebir la vida social del ser humano sino como la simple expresión pública de su mundo interior (Serrano y Garcia-Borés, 1993).

Si nos situamos ya en el plano de las propuestas teóricas, podemos apreciar que la omisión de lo cultural es especialmente notoria desde los años treinta

hasta los noventa del siglo XX. Esta evidencia nos remite al papel otorgado a la cultura por parte de las diferentes corrientes teóricas de la psicología en general y de la psicología social en particular. Un papel, como se verá, en absoluto desligable de la posición epistemológica por la que optaron las corrientes teóricas más influyentes. Veámoslo con brevedad, pero con un poco más detenimiento.

Senderos teóricos y epistemológicos

En tanto que ámbito disciplinar, en principio podríamos pensar que, en psicología cultural, se puede trabajar desde cualquier posición teórica. Veremos, sin embargo, que ello no es tan sencillo. De una parte, cada perspectiva teórica nos presenta, explícita o implícitamente, un determinado modelo de ser humano. Una visión ontológica que excluirá o incluirá, en una u otra medida, a la cultura. Como es lógico, en tanto mayor importancia se le atribuya a la cultura, más fértil será esa perspectiva y, en tanto la excluya, la misma se constituirá en mirada estéril para la producción psicocultural.

De otra parte, cada perspectiva teórica tomará una posición en el nivel epistemológico, respecto a qué puede considerarse conocimiento científico. Una posición epistemológica que, aun tratándose de un nivel distinto de reflexión, tendrá conexiones mutuamente influyentes con el plano ontológico, con la visión de ser humano propuesta. Así, si repasamos los planteamientos dominantes en la psicología occidental a lo largo del siglo XX, nos encontramos en el plano teórico con el conductismo y el cognitivismo, y en el plano epistemológico con la opción por la que ambas corrientes apostaron –el positivismo–, por la adopción del modelo de las ciencias naturales. Y es en esos dominios, teórico y epistemológico, donde, en efecto, debemos buscar la explicación de la exclusión de la cultura.

En el caso del *conductismo*, habría gran acuerdo en considerar que su éxito en los años 30 en manos de Watson y su posterior dominio académico casi absoluto durante tres décadas se debió, precisamente, a su apuesta por el positivismo. La «caja negra» no venció por seducción de la visión de ser humano que presentaba, sino por posibilitar una psicología pretendidamente objetiva. En este sentido, el objetivismo conductista no sólo se amparó en el recurso instrumental del método como neutralizador de la subjetividad del investigador (una cuestión epistemológica), sino que también lo hizo limitando el objeto de estudio, constriñéndolo a lo directamente observable, esto es, a la conducta (un recurso ontológico que convirtió a la conducta en lo relevante de la vida psicológica).

Bajo este planteamiento, la cultura quedará apartada de modo casi paradójico con el radical ambientalismo que caracteriza a esta corriente. Y es que ésta propuso un *ambiente-cosa* en lugar de un *ambiente-significado*. Lo vemos claramente en el énfasis en el estímulo y la respuesta planteados como elementos objetivos carentes de carga simbólica. Un ambiente vacío de significado y la implantación de una postura opuesta a adentrarse en los fenómenos internos, en aras de ese objetivismo que rechazaba todo lo que pudiera expresar subjetividad,

darían lugar a la omisión de lo cultural. Una psicología, en fin, sin mente, y sin mente no se puede hablar de la cultura en la mente, utilizando los modos expresivos de Cole (1999).

Habría que esperar al conductismo de Bandura, y su teoría del aprendizaje por observación (Bandura y Walters, 1963), para que la futura psicología cultural pudiera beneficiarse de las aportaciones del conductismo. La teoría de Bandura, con la importancia atribuida al concepto de modelo y la inclusión de las representaciones simbólicas en la explicación de los aprendizajes humanos, resultará ciertamente de gran utilidad para comprender la mecánica de un proceso tan básico para la psicología cultural como es la socialización o, más específicamente, la enculturación.

En el caso del *cognitivismo*, relevo del conductismo en el dominio académico occidental hasta nuestros días, la situación no será muy distinta, y ello a pesar de que la revolución cognitiva, que inició el declive del dominio conductista, se presentaba con promesas de una psicología diferente, más humana. El ser humano como *animal que razona* era el estandarte de aquel movimiento que pretendía acabar con el reduccionismo conductista, que quería meterse en la «caja negra» y poner los fenómenos internos en el centro. El truco periferista hastiaba y el mecanicismo del sistema E-R podía servir para las ratas pero no para el ser humano, caracterizado por lo cognitivo. Pero pronto apareció el fantasma de la subjetividad a la que, ineludiblemente, conducían unos planteamientos que enfatizaban el modo en que los seres humanos conocen su mundo. El problema era que, ante lo subjetivo, se frustran algunas de las ilusiones fundamentales del positivismo. Y la crisis, en los inicios de los sesenta, era teórica (del conductismo), no epistemológica (del positivismo).

El carácter individualista e internalista de esta corriente cognitivista puede haber contribuido también a la omisión cultural, pero más especialmente fue el giro formalista que muy pronto dio el cognitivismo. Un cambio que se manifestó en el traspaso del interés inicial por los *contenidos cognitivos*, que efectivamente remitían a fenómenos subjetivos, hacia la focalización en los *procesos cognitivos*, pretendidamente generalizables a todo ser humano. De este modo, el ser humano pasó a ser visto como un procesador de información; del ser humano que razona se pasó al ser humano como máquina que procesa. Un giro formalista que tomó máxima expresión con la metáfora de la computadora, traicionando, en definitiva, los objetivos iniciales, como el mismo Bruner, uno de los impulsores de aquella revolución, denunciaría años después (Bruner, 1990). Incluso en sus vertientes más moderadas y actuales, las que evitan la metáfora computacional, el cognitivismo positivista sigue proponiendo una concepción de lo psicológico como un mundo increíblemente racional, ordenado y previsible.

Como podemos ir viendo, en ambos casos, la incomodidad de lo cultural nos remite tanto al plano ontológico como al epistemológico. Al apostar ambas corrientes por la versión positivista de conocimiento científico se vieron forzadas a eludir la subjetividad, a través de la cual se expresa psicológicamente la cultura. Y se comprende este recelo positivista hacia la subjetividad. Se comprende aunque sólo sea porque contemplar la subjetividad imposibilita uno de los principales ideales positivistas, el de un conocimiento nomotético consti-

tuido por una suerte de teorías universales y ahistóricas, puesto que no hay dos experiencias subjetivas completamente iguales. Más aún, si se admite la subjetividad, entonces lo psicológico no es sujetable a ley y, si no lo es, tampoco se puede controlar ni predecir, ya no digamos con la exactitud y fiabilidad que impone el credo positivista.

Así pues, cada una a su modo, ambas corrientes han utilizado la misma estrategia ontológica, consistente en modificar artificialmente el objeto de estudio (la vida psicológica del ser humano), con el fin de adecuarse a los imperativos epistemológicos del positivismo (concepción de conocimiento ideada, no lo olvidemos, para comprender la naturaleza física). Entre las víctimas, la cultura, y con ella, el mensaje relativista inherente a casi toda mirada cultural.

Sin embargo, estos inconvenientes no implican que nada de la teorización elaborada por estas dos importantes corrientes tenga interés para la psicología cultural. Lo puede tener con sólo retirarle, precisamente, lo que de positivistas tienen esas teorías: sus pretensiones de universalidad, de leyes verificadas, de capacidades predictivas, de confianzas absolutas, etc. De otra parte, también hay, evidentemente, quienes hacen psicología cultural desde una posición positivista, tratando los aspectos culturales como algo externo a la persona, objetivando valores y creencias, y tratándolos como variables independientes con efectos «verificables». Pero, a nuestro juicio, tal perspectiva adolece de los mismos problemas de cualquier otro planteamiento positivista: que elude el carácter constituyente de la cultura. Es una psicología cultural que concibe la cultura como mero factor interviniente, como si de la influencia de la iluminación se tratara.

De todos modos, como se indicaba al inicio, no siempre la psicología occidental omitió la cultura. Cole (1999) habla incluso de una *ascendencia* de la psicología cultural. Una ascendencia que pasa por Vico, Herder, von Humboldt, Stuart Mill y Dilthey, desembocando en Wundt. Éste, a pesar de haber sido instituido como fundador de la psicología científica a partir de su Laboratorio de Leipzig, al inaugurar la experimentación en psicología, a su vez consideraba que esta opción servía únicamente para el estudio de la experiencia inmediata. En cambio, para el estudio de las funciones psicológicas superiores, consideraba que se requería un enfoque cultural, al estilo del movimiento de la *Völkerpsychologie*, de von Humboldt, y de Lazarus y Steinthal. El mismo Wundt, pues, entendía que los procesos psicológicos superiores estaban mediados culturalmente y eran históricamente contingentes, lo cual implicaba la necesidad de un abordaje adecuado a tales características que no pasaba en absoluto por el laboratorio.

Otra cuestión es que la psicología, eso sí, desde principios del siglo XX fue paulatinamente marginando a la cultura hasta quedarse con la apuesta naturalista, con el método experimental, los tests psicométricos o los cuestionarios estandarizados. El modelo de las ciencias naturales, en fin, se adueñó de prácticamente toda la psicología (*cfr.* Cole, 1999, pp. 26-46). A pesar de ello, antes y durante los dominios conductista y cognitivista formal, hubo planteamientos psicológicos más sensibles a la influencia cultural.

En el entorno norteamericano, en el primer tercio del siglo XX, se desarrolló con fuerza el pragmatismo estadounidense, con Dewey, con Mead, decididos a prestar atención a las prácticas cotidianas, que consideraban organizadas cul-

turalmente. Más específicamente, el *interaccionismo simbólico*, encabezado por Mead, se configuró como el principal representante, en aquella época, de la tradición de pensamiento que otorga importancia a los significados en el momento de tratar la experiencia psicológica de los humanos. Mead consideraba que el ser humano no responde directamente a los estímulos del exterior sino, en todo caso, al significado que estos estímulos tienen para él; consideraba que los significados emergen de la interacción social; y, en consecuencia, veía al ser humano como un ser activo en la creación de esos significados (véase Blumer, 1969). Consideraciones que, sin duda, le distanciaban de la imagen pasiva generada por el conductismo. El pensamiento de Mead fue continuado, a la sombra de la euforia conductista, por Blumer y Kuhn; mantenido, entre otros, por Goffman; y definitivamente recuperado en la década de los ochenta por el socioconstruccionismo, como se verá más adelante.

En la Europa oriental, se consolidó la *escuela cultural-histórica rusa*, con Vygotski, Luria y Leontiev, quienes intentaron combinar las dos psicologías de Wundt. En consonancia con el pragmatismo norteamericano, esta escuela también entendió que los procesos psicológicos surgen de la actividad práctica mediada culturalmente y en desarrollo histórico (*cfr.* Cole, 1999, p. 106). Una mediación a través de los artefactos; atribuyeron gran importancia al lenguaje, artefacto de artefactos y enfatizaron el proceso de socialización. Lamentablemente, Occidente y Oriente se giraron de espaldas y los desarrollos de la escuela rusa quedaron en la oscuridad, para Occidente, hasta poco antes del derrumbe soviético. Será entonces cuando muchos autores occidentales tratarán de recuperar esta tradición de pensamiento psicológico. Representativo de ello son, entre otros, los trabajos de Wertsch (1985), de Valsiner (1988), de Ratner (1991), de Van der Veer y Valsiner (1991), de Wertsch, Del Río y Álvarez (1995), o del mismo Cole (1995).

Paralelamente, en la Europa occidental y con el cambio de siglo, surgió el *psicoanálisis*, desde sus inicios repudiado por la intransigencia positivista, que condenó al movimiento a espacios de formación propios, casi siempre fuera de las universidades, lo que no consiguió impedir su gran desarrollo. La misma visión freudiana sobre la estructura de la personalidad tuvo en cuenta la cultura, y de forma relevante, a través de la instancia del *superyó*. Eso sí, una instancia normalmente relegada a un tercer plano, casi como mero condicionante moral, al lado de la atención puesta en un *yo* consciente y acosado y, ya no digamos, al lado del protagonismo de un *ello* naturalizado, «inconscientalizado» y poseedor del núcleo vital de la vida psíquica. También es importante destacar la connotación negativa que Freud le atribuyó al *superyó* (y por ende, a la cultura), como voz limitadora, constrictora, de los impulsos naturales del *ello*. Pero en fin, la cultura tenía su lugar en la vida psíquica y muy especialmente en la segunda etapa de la obra freudiana, en particular con *Totem y Tabú* y con *El malestar en la cultura* (véase en *Obras Completas* editadas en 1967).

De otra parte, en la medida que algunos heterodoxos se desligaron de los planteamientos freudianos, habitualmente fue en pro del *superyó* y, en consecuencia, de lo cultural. Fuera mediante otorgarle un mayor peso, una mayor importancia, fuera mediante la minimización de aquel carácter constrictor de los impulsos del *ello*. Especialmente, Jung y Adler. Jung, con los arquetipos, enten-

didos como pautas culturales heredadas, una idea hoy en día inadmisible para casi todos; Adler, entendiendo al ser humano como una construcción sociocultural (véase Serrano, 1991), en este caso en gran sintonía con los planteamientos psicoculturales.

De todos modos, quizá en la órbita psicoanalítica, los desarrollos más interesantes como antecedentes de la psicología cultural sean los conocidos bajo la etiqueta de *cultura y personalidad*, enfoque psicoanalítico de corte antropológico o culturalista, con Benedict, Boas, Malinowsky, Kardiner, Horney, Sullivan, etc. enfatizando las necesidades culturales por encima de las del *ello*. También la escuela de Frankfurt, con sus críticas a la sociedad capitalista y el *superyó* restrictivo que promueve. Y, más posteriormente, los lacanianos, con el inconsciente entendido como lenguaje estructurado de origen social. Una tradición, pues, con múltiples expresiones de la importancia atribuida a la cultura (véase, en este mismo texto, el trabajo de Á. Aguirre). Es por esta razón por lo que hoy encontramos psicólogos culturales que trabajan desde alguna de las versiones de la óptica psicoanalítica.

Es necesario mencionar también, en este brevísimo repaso, los desarrollos de la denominada *psicología transcultural*, con una larga trayectoria que puede verse reflejada en el *Journal of Cross-Cultural Psychology* desde principios de los setenta hasta la actualidad, en el *Handbook of Cross-Cultural Psychology* (Triandis y Lambert, 1980), o en el trabajo de Segall, Dasen, Berry y Poortinga (1990), entre otros. Una perspectiva muy influenciada por los estudios étnicos propios de la antropología transcultural pero que, en versión psicológica, a menudo da la impresión de que, buena parte de estos trabajos, se han orientado más a comprobar universales que a defender un punto de vista relativista, no saliendo así de la lógica nomotética.

Así pues, como a veces parece conveniente recordar, no toda la psicología fue conductista o cognitiva formal, pero sí resulta evidente que estas dos corrientes, con sus propuestas ontológicas y su posición epistemológica excluyente, son en gran medida las responsables de la tardía emergencia de la psicología cultural con nombre propio.

Tiempos mejores

A la vez que podría afirmarse que la década de los ochenta es, para muchos, la de la consolidación total del cognitivismo, con sus modelos racionalistas cuando no computacionales, no menos cierto es que para otros, desde mediados de los ochenta hasta principios de los noventa, se va abriendo en el plano teórico un espacio alternativo. Empiezan a surgir voces disonantes con esa autocomplacencia cognitivista. Voces de jóvenes para quienes esa visión racionalista es muy forzada. Voces de experimentados y reconocidos autores, como Bruner (1990), como Shweder (1990), que expresan la frustración por la reconversión de aquella revolución cognitiva, convertida en el enfoque tecno-racionalista que pasó a dominar la escena psicológica.

Ya a principios de la década de los ochenta, Toulmin hablará de reconsiderar la *Völkerpsycologie*, que tradujo como *psicología cultural*, como había hecho Blumenthal en 1975 (ver Cole, 1999); Price-Williams (1980), desde la *Cross-Cultural Psychology*, insinuará también la idea de una psicología cultural; Shweder (1984) insistirá en una subjetividad que se altera por los significados. En el plano propiamente teórico, especial relevancia va a tener, a nuestro parecer, el surgimiento del movimiento socioconstruccionista (Gergen, 1985) a mediados de los ochenta, como planteamiento explícitamente distante del cognitivismo.

En los noventa, el empuje continuará. En sintonía con el socioconstruccionismo, surgirán partidarios de la psicología discursiva (ver Edwards y Potter, 1992; Gordo y Linaza, 1996; Parker, 1992), de la aplicación psicológica de la teoría narrativa (Sarbin, 1986; Polkinghorne, 1988; Bruner, 1990), tomando gran impulso distintas formas de análisis del discurso (Íñiguez y Antaki, 1998), como metodología alternativa. Se promoverá la recuperación de tradiciones marginadas, como el interaccionismo simbólico de Mead o el enfoque histórico-cultural de Vygotski. En fin, reaparece la subjetividad, se consolida la importancia de lo social y renace el interés por la dimensión cultural del comportamiento humano.

Junto al desencanto respecto al dominio teórico cognitivista aún hoy vigente, irá creciendo un estado de opinión contrario al positivismo. Ello refleja una toma de conciencia de que el carácter atomista y reduccionista del conocimiento psicológico acumulado por las psicologías dominantes, «frío» y «alejado de las vivencias humanas», derivaba no tanto de sus propuestas ontológicas como de su apuesta epistemológica. Así, en este plano epistemológico, la ruptura aún será más radical que en el teórico. El método naturalista volverá a verse, de nuevo, como inapropiado para el objeto de estudio; clásico enfrentamiento que renace con fuerza. Recuperando la tradicional expresión de *paradigma hermenéutico* (véase Ricoeur, 1981), o apostando por la novedosa de *paradigma interpretativo* (ver, entre otros, Shweder, 1984; Gergen 1985; Bruner, 1990; Garcia-Borés, 1993; Edwards, 1995), en esta posición no-positivista subyace, eso sí, una cuestión ontológica y no sólo metodológica: ver lo psicológico como algo fundamentalmente circunscrito al significado, a lo simbólico. Y es que es precisamente esta naturaleza la que se considera que impide un abordaje naturalista; la que imposibilita la estandarización, la «matematización» de lo psicológico, procederes que pasarán a ser vistos como inapropiados, artificiales, sin sentido.

El planteamiento interpretativo apostará por la meta de la comprensión más que por la búsqueda de la explicación causal. Le interesará más el significado, el sentido, que los hechos. Se enfrentará a la imagen de una producción científica nomotética, universal, que se encuentra siempre contextualizada cultural e históricamente (Gadamer, 1976), caracterizada culturalmente decíamos hace años (Garcia-Borés y Serrano, 1992). Frente al verificacionismo, se entenderá el conocimiento como una producción social (Shotter, 1989), intrínsecamente provisional y más sujeto a la aceptabilidad que a una supuesta verificación (Ibáñez, 1989; Gergen, 1989). Frente a la pretensión de neutralidad científica, se tomará conciencia del poder implícito en la actividad, del posicionamiento ineludible. Pero, sobre todo, se renunciará y denunciará al objetivismo, al *discurso*

de la verdad de la retórica positivista (Billig, 1987; Ibáñez 1995), y se asumirá que el científico sólo puede hacer interpretaciones, de especiales características si se quiere, sobre la realidad.

Un modo de entender el conocimiento científico mucho más afín, sin duda, con los planteamientos que enfatizan la caracterización cultural de todo lo humano. Se iba, pues, también desde la discusión epistemológica, abonando un terreno para la apuesta psicocultural. Así, y como se indicaba al inicio, será a principios de la década de los noventa cuando aparecerán los primeros textos con la denominación específica de psicología cultural. A los mencionados textos de Stigler, Shweder y Herdt (1990) y de Cole (1990), les acompañarán entre otros los de Bruner (1990), Boesch (1990, 1991), Eckensberger (1990), Shweder (1991), Wertsch (1991), Jahoda (1992), Domingo (1992), Garcia-Borés (1993, 1995), Serrano y Garcia-Borés (1993), Schnitman (1994); Aguirre (1995), Serrano (1995, 1996), Edwards (1995), Lucariello (1995), etc. Un desarrollo que también toma cuerpo con la aparición de revistas como *Culture and Psychology* editada por Jaan Valsiner, *Qualitative Inquiry* por Norman Denzin, *Cultural Dynamics* por Rik Pinxten, Davis Scott y Frank van Dun, aparecidas en 1995.

Todos ellos, con sus lógicas diferencias, comparten una sensibilidad hacia el papel de la cultura en la vida psicológica de los humanos y, en consecuencia, un alejamiento respecto a los planteamientos aún dominantes o, como lo expresa Serrano, la psicología cultural «pretende constituirse, desde hace unos pocos años, contra ese fondo histórico de la psicología como ciencia del comportamiento sin cultura» (Serrano, 1995, p. 35).

En todo caso, como se ha visto, el viaje por el territorio temático psicocultural puede realizarse mediante distintos vehículos teóricos. A nuestro juicio, tres de ellos son protagonistas: el histórico-cultural, que recoge la tradición vygostkiana; el psicodinámico, en el mantenimiento de la tradición psicoanalítica; y el socioconstruccionista, fundamentalmente heredero de la del interaccionismo simbólico. Como las dos primeras orientaciones inspiran otros trabajos recogidos en este mismo volumen, nos dedicaremos aquí a presentar la apuesta teórica desde la que trabajamos nosotros, esto es, la socioconstruccionista.

Psicología cultural socioconstruccionista

Lo que hace que algunos pensemos en el socioconstruccionismo (véase Gergen, 1985; Ibáñez, 1989, 1994) como un planteamiento idóneo para la psicología cultural es, fundamentalmente, la visión de ser humano que este movimiento teórico plantea y que, desde nuestro punto de vista, podría sintetizarse en tres aspectos fundamentales.

El primero de ellos es la apuesta por la subjetividad, el concepto tabú de las psicologías positivistas. Centrar la atención en la subjetividad supone reconocer «a la persona como un agente activo con una actividad interpretativa de na-

turaleza simbólica, es decir receptora y otorgadora de significados» (Garcia-Borés, 1993, p.94). Un ser que interpreta la realidad que le rodea; un ser que se interpreta a sí mismo, autointerpretativo que diría Taylor (1985). La subjetividad nos habla del ser humano como un agente activo, intencional y reflexivo.

Ver al ser humano como un ser subjetivo tiene importantes implicaciones que, de algún modo, explican las resistencias ante esta imagen. Así, por ejemplo, lo que pasa a ser relevante, siempre desde un punto de vista psicológico, no es la realidad sino cómo ésta es vivida por la persona. Es decir, la realidad podrá ser objetiva, pero el contacto del ser humano con la realidad es subjetivo. De este modo, no importará tanto qué le ocurre a la persona sino qué significado tiene para ella lo que le ocurre. Más aún, lo que cree que le ocurre. Ello, sin duda, complica las cosas respecto a buena parte de los planteamientos psicológicos convencionales, siempre tendentes a estudiar los conflictos más que las vivencias de los mismos; tendentes a estandarizar los problemas así como sus soluciones, incluyendo, a lo sumo, el factor interviniente «características de los sujetos», las cuales son también estandarizadas en unas pocas categorías diferenciales. Una psicología que reconoce la subjetividad tiene que modificar este planteamiento y, antes que nada, tratar de comprender el mundo subjetivo de quien le habla, de quien tiene delante.

El segundo principio consiste en asumir que el desarrollo psicológico es una construcción social o, dicho de otro modo, la experiencia psicológica se constituye a partir de la interacción con los demás y, en este sentido, es un proceso social, tiene un origen social. Así, la mencionada subjetividad, protagonista cuando hablamos con la atención puesta en el individuo, es planteable en términos de intersubjetividad cuando queremos resaltar su génesis. De ahí la importancia que esta corriente teórica atribuirá al entorno social, puesto que es el campo intersubjetivo de la persona el espacio de donde extrae y negocia los significados sobre la realidad que configuran su experiencia psicológica. Un ser que se construye *de* y *en* lo social. Y, a su vez, lo social es construido por los humanos, «lo social no aparece hasta el momento en que se constituye un mundo de significados compartidos entre varias personas» (Ibáñez, 1989, p. 118). Lejos, pues, de la visión individualista anclada en la cultura occidental sobre el ser humano, reproducida por diversos enfoques psicológicos, este principio caracterizará al socioconstruccionismo hasta el punto de darle nombre.

La idea de la construcción social incluye, a su vez, una visión dinámica del ser humano, con una constitución psicológica –una subjetividad– en permanente construcción y reconstrucción, que la alejará de las pretensiones de control y predicción y que abrirá las puertas a una intervención psicológica más tendente a favorecer cambios en los modos de entender que a búsquedas retrospectivas de las causas del problema (al estilo de las propuestas psicodinámicas), o a ofertas de recetarios de conductas o de procesamientos de información pretendidamente adecuados (al estilo de las propuestas conductistas y cognitivistas, respectivamente).

El tercer punto, fundamental para los intereses de la psicología cultural, es el que se refiere a la naturaleza de lo psicológico. Cuando analizamos la subjetividad, los elementos que la componen, lo que encontramos es un entramado de

creencias, valores, pautas morales y pautas de comportamiento. Estos elementos no sólo nos ratifican el origen social de lo psicológico (no pueden haber surgido de otro lugar que de lo social), sino que nos ponen ante la evidencia de que tales elementos son de naturaleza simbólica, en el sentido amplio, es decir, no son realidades sino representaciones de la realidad. Y decir que los elementos que componen nuestra subjetividad son de naturaleza simbólica es lo mismo que decir que son de naturaleza cultural, puesto que la cultura (por lo menos a nosotros así nos gusta definirla, adhiriéndonos a la versión de Geertz, 1973) es el mundo de las representaciones de la realidad, vigentes en un determinado contexto social, en un determinado momento histórico.

White ya decía en 1949 que «el comportamiento humano es comportamiento simbólico; el comportamiento simbólico es comportamiento humano. El símbolo es el universo de la humanidad» (White, 1993, p. 347). A su vez, el carácter simbólico e interactivo de la experiencia psicológica pone de relieve el papel del lenguaje y la comunicación, temas de gran importancia para el socioconstruccionismo y también para la psicología cultural. Así por ejemplo, Gergen (1985), fundamentándose en Wittgenstein, ha insistido en el papel de las convenciones lingüísticas en la creación de «evidencias», en la construcción de la realidad.

La compatibilidad entre los intereses de la psicología cultural y el socioconstruccionismo va más allá de este plano ontológico, más allá de cómo es entendida la naturaleza de lo psicológico. También se produce en el plano epistemológico. Al igual que el socioconstruccionismo, muchos psicólogos culturales se adhieren al paradigma interpretativo. Una consonancia que puede apreciarse en distintos aspectos. Por ejemplo, la posición relativista del socioconstruccionismo se expresa, en psicología cultural, en la tendencia a resaltar las peculiaridades de la experiencia psicológica desarrollada en cada contexto cultural e histórico. Un relativismo que a menudo se manifiesta en ejercicios comparativos sincrónicos (transculturales) y diacrónicos (históricos), dada su gran fuerza ilustrativa y de evidencia para desarticular concepciones universalizadas e incluso, a menudo, naturalizadas. Es ésta una psicología cultural que se aleja, pues, del planteamiento dominante que construye leyes sobre trazos tendenciales y coyunturales, que equipara *normalidad estadística* con una suerte de *normalidad naturalizada*. También hay correspondencia en cuanto al relativismo de la propia mirada del investigador cuando, en general, desde la psicología cultural se es también consciente de que se habla desde una cultura concreta y en un momento histórico determinado.

Sea como fuere, la psicología cultural socioconstruccionista expresa tal compatibilidad entre los intereses básicos de la psicología cultural y los presupuestos onto y epistemológicos del socioconstruccionismo, que a menudo cuesta distinguir qué de psicocultural y qué de socioconstruccionista tiene la mirada que efectuamos a la experiencia psicológica de los humanos. En todo caso, en la medida en que se comparte la visión de ser humano generada por el socioconstruccionismo, como un ser que, desde el punto de vista psicológico, es subjetivo, socialmente construido y de naturaleza cultural, la psicología cultural cobra ciertamente todo el sentido.

Las lindes de la psicología cultural

Repasados los instrumentos teóricos y epistemológicos para la labor psicocultural, es hora de tratar de delimitar el territorio de la psicología cultural, claro está a grandes trazos y según nosotros la entendemos. De un modo sencillo, podríamos decir que la psicología cultural se dedica al *estudio de la influencia de la cultura en la vida psicológica.*

Con una definición de este tipo, creemos que daríamos cabida a todo desarrollo que se autodefina como propio de la psicología cultural, incluso a los que trabajan desde posiciones positivistas, que verán esta influencia en términos, como ya dijimos, de variables externas. Sin embargo, por lo general, lo que expresa el surgimiento entusiasta de una psicología cultural como tal, a partir de la década de los noventa del siglo XX, es un planteamiento en el que subyace una cuestión clave: la de ver la cultura como *constitutiva de lo psicológico* y no como mero factor influyente. Así, también la podríamos definir como el *estudio del nexo intrínseco entre cultura y experiencia psicológica*; o, si se prefiere, como el *estudio del papel que la cultura tiene en la constitución de la experiencia psicológica de los humanos*, o *«del papel de la cultura en la vida mental de los seres humanos»*, como dice Cole (1999, p. 21). Éste sería su objetivo fundamental, antes incluso que el análisis de determinadas problemáticas psicológicas presentes en una cultura en particular, lo cual, eso sí, se constituirá en una de sus principales parcelas de interés.

En definitiva, se trata, efectivamente, de dejar de ver la cultura como algo ajeno al ser humano. A esto se refiere Shweder (1990) cuando habla de situar la cultura en el centro y no en la periferia. Entender que lo psicológico se hace de lo cultural. Reconocer que, si cambia la cultura, si cambia el significado, cambian nuestros modos de comprender. Y si cambian nuestros modos de comprender, cambian nuestras experiencias psicológicas (pensamientos, actitudes, sentimientos, emociones respecto a la cuestión de que se trate).

Es en ese sentido que la cultura es entendida como constitutiva y, por ende, a la vez posibilitante y delimitante de lo psicológico. Posibilitante, porque sin cultura no hay experiencia psicológica, o como diría Geertz: «sin hombres no hay cultura por cierto, pero igualmente, y esto es lo más significativo, sin cultura no hay hombres» (Geertz, 1973, p. 55). Delimitante, porque la cultura aporta los significados de la realidad, y el ser humano desarrolla una u otra experiencia psicológica en función del significado que atribuye a lo que le sucede. Serrano lo expresa con la siguiente definición:

> «La psicología cultural es el estudio de la constitución mental de y por las formas simbólicas –esto es, acciones y expresiones humanas significativas–, discursivamente estructuradas, históricamente contextualizadas y socialmente producidas, reproducidas y transmitidas» (Serrano, 1996, p.99).

Desde esta perspectiva, la experiencia psicológica individual es peculiar de cada uno, de eso nos habla la idea de subjetividad. Pero a su vez, las subjetividades se parecen en la medida que han sido socializadas en un mismo con-

texto cultural, porque comparten genéricamente un mundo de significados. Por ello, los socializados bajo una misma cultura se parecen mucho: coinciden en considerar algo como un problema, no discrepan demasiado en la gravedad que tiene, se les ocurre un margen reducido de soluciones, generan muy parecidos estados de ánimo, etc. Sin embargo, eso mismo en otra cultura puede que ni tan sólo sea vivido como un problema. O en la misma cultura en otro tiempo. Nos cuesta darnos cuenta porque estamos hablando del modo en que entendemos la realidad. Estamos hablando de los componentes de la lente a través de la cual interpretamos el mundo y a nosotros mismos. O como dice Cole, «no 'vemos' la cultura porque es el medium dentro del cual existimos» (Cole, 1999, p. 26).

Esta trascendencia otorgada al influjo cultural no supone una visión pasiva del ser humano, como alguien absolutamente determinado por la cultura. La cultura, recordemos a White y a Geertz, es a su vez una producción humana. La visión del ser humano como agente activo, que no sólo reproduce significados sino que tiene la capacidad de transformarlos, enfatiza esta cuestión. La idea de agentividad, efectivamente, hace referencia a la capacidad de tomar consciencia, reflexivamente, de las acciones del pasado y los propósitos de futuro (Serrano, 1995). Una aptitud que, a su vez, permite al ser humano transformar su mundo intencionadamente. En sintonía con ello, desde estas posiciones, no se va a hablar tanto de conducta como de acción, que es su equivalente intencional (Bruner, 1990). Shweder incluso dice que la psicología cultural ha de ser el estudio de los mundos intencionales (1990).

La importancia atribuida a la cultura implica que no puede abordarse el estudio de lo psicológico sin atender al contexto cultural en el que lo psicológico se produce. Por esta razón, la perspectiva psicocultural presta atención tanto a lo cultural como a lo psicológico. Ese es el sello distintivo de la psicología cultural con respecto a otras disciplinas de lo social, como la antropología, la sociología, la historia, etc. Disciplinas de las cuales la psicología cultural se nutre, y mucho, configurándose en un proyecto transdisciplinar. Un proyecto, eso sí, que después revierte en lo que no puede ser sino su interés fundamental, la repercusión en la vida psicológica. Eso es lo que hace, a la psicología cultural, psicología.

En términos procedimentales, la psicología cultural, en tanto que cultural, mira, obviamente, a la cultura, tratando de vislumbrar las connotaciones de determinados parámetros culturales, sus significados latentes, su lógica interna, su vigencia intra y transcultural, su estabilidad y transformabilidad. Pero la psicología cultural, en tanto que psicología, se centrará fundamentalmente en los efectos psicológicos de la internalización de la cultura, tanto en términos de constitución de la experiencia psicológica, como en términos de las problemáticas psicológicas derivadas de su asunción –o de las dificultades de asunción– de determinados parámetros culturales.

Un ámbito disciplinar que no se limita a estudiar una simple parcela de la vida psicológica, puesto que el impacto cultural no sólo atañe al individuo de un modo directo a través de la socialización, sino que abarca todas las esferas de lo psicológico: la cultura condiciona los modos de interactuar con el otro, el modo

de relacionarnos afectivamente, el modo de funcionar grupalmente, el de organizarnos colectivamente, etc. La cultura influye en todas esas actividades y, a través de ellas, de nuevo en el individuo.

En su vertiente aplicada, la psicología cultural se constituye en un ámbito que se va a interesar por muy variados temas que se introducen en los distintos campos aplicados de la psicología, tanto en el propiamente social, como en el educativo o el clínico. Desde temas de identidad personal, colectiva y cultural, pasando por el impacto de la apropiación de determinados cánones (como el de adulto o el de pareja), el componente cultural de patologías psicológicas, hasta las problemáticas vinculadas al ciclo vital o las derivadas de la transformación sociocultural de Occidente. Desde los medios de producción cultural y la cultura en las instituciones hasta el control social informal y la cultura punitiva.

Un amplio abanico temático, a menudo abordado desde una posición crítica, más interesada por la emancipación del ser humano que por contribuir a un discurso reproductor, y en consecuencia legitimador, de un orden establecido. Una voluntad que incluye la crítica a determinadas creencias, a determinados valores, constricciones morales, definiciones de roles, «o a cualquier otra delimitación cultural que esté promoviendo experiencias psicológicas que puedan considerarse negativas, perjudiciales, constrictivas, en razón de la conflictividad psicológica o psicosocial que puedan estar generando» (Garcia-Borés, 1993, p. 98). En fin, la psicología cultural se dedicará al análisis de cualquier repercusión psicológica, especialmente si es problemática, derivada del hecho de desarrollarnos en contextos culturales e históricos específicos.

Futuros de la psicología cultural

El futuro del desarrollo de la psicología cultural es, como todos los futuros, incierto. Pero sí se pueden esbozar las condiciones que darían lugar a unos u otros panoramas. A lo largo de la exposición se han descrito los que, a nuestro parecer, han sido los obstáculos que han motivado la tardía consolidación de la psicología cultural. Entre ellos, destaca la hegemonía de la versión positivista del conocimiento científico que incluso ha condicionado las visiones ontológicas que, sobre el ser humano, han generado las principales corrientes psicológicas. Muy especialmente en lo que se refiere a pasar por alto el carácter subjetivo de la experiencia psicológica. En consecuencia, el desarrollo de la psicología cultural dependerá en buena medida del devenir de ese modo de tratar de conocer la vida psicológica.

Y es que, mientras perdure el objetivismo, con su retórica de la verdad; con el recurso fácil de tratar los fenómenos psicológicos como objetos, eludiendo cualquier esfuerzo empático; con su intransigencia hacia cualquier otro planteamiento; difícil será entonces el porvenir de la psicología cultural. Lo será, mientras no se asuma que la versión positivista tal vez sea óptima para el estudio de los hechos, pero no para el de lo simbólico, de los significados, de lo cultural; inapropiada, en fin, para el estudio de la vida psicológica de los humanos. No

sólo, por tanto, para la psicología cultural, también para una psicología, en general, que quiera acortar distancias entre lo que dice y lo que estudia.

Posiblemente sea por la terquedad de esa posición epistemológica por lo que Shweder (1990) se muestre partidario de crear una nueva disciplina para el estudio de la cultura en la mente, recurriendo para ello a las ramas interpretativas de las ciencias sociales y de las humanidades. De todos modos, podemos considerar que la exclusión de la cultura, vinculada al objetivismo y al etnocentrismo, era más sostenible cuando el esquema cultural no se transformaba a la velocidad que lo hace ahora, cuando las diferencias transculturales podían ser entendidas como algo anecdótico o simplemente ubicado en el territorio de lo folklórico. Pero hoy en día va creciendo la conciencia de que el mismo acontecimiento en la India genera una experiencia psicológica distinta que entre nosotros; que el mismo acontecimiento es vivido de forma diferente hoy de cómo lo vivieron nuestros abuelos.

Con todo, tal vez el futuro de la psicología cultural no dependa tanto del abandono del paradigma positivista, sino de cómo vayan evolucionando las concepciones sobre el ser humano. Tal vez empiecen a seducir propuestas ontológicas más sugerentes, menos artificiosas que las generadas por las psicologías convencionales. Que ver al ser humano como un ser subjetivo, simplemente convenza. Y desde ahí, la cultura pase a ser vista como la madre nutriente –mejor o peor– de la vida psicológica de los humanos por lo que, su contemplación, sea ineludible.

En esta línea, quizás podríamos decir que Cole (1999) es muy optimista cuando dice que, algún día, toda la psicología será cultural. Pero Cole no es ingenuo, puesto que sabe de las resistencias. Otro modo más suave de decirlo es que se debería culturalizar la psicología, que la psicología debería poner a la cultura en su sitio. En todo caso, claro está a nuestro juicio, la psicología no debería seguir ciega a la cultura, no debería seguir obviando que la experiencia psicológica es fundamentalmente de naturaleza simbólica, dependiente de los significados vigentes en el entorno cultural. Desde esta opción, sería incluso aprovechable, como se dijo, toda la producción psicológica positivista, reciclándola, quitándole el carácter de ley, entendiéndola como interpretaciones posibles, de fenómenos particulares y no universales, presentes en la cultura occidental en el periodo del siglo XX.

Y también, claro, el futuro va a depender de la producción de los psicólogos culturales. De si apuestan por concebir la cultura como mera variable interviniente o si la tratan como constitutiva de lo psicológico. De si tratan de adecuarse a las estéticas positivistas en sus trabajos, o se arriesgan a poner de manifiesto lo inapropiado de tal proceder. De si se limitan a presentarse como estudiosos de una pequeña parcela de la psicología o se van constituyendo en una perspectiva psicológica (como en su versión socioconstruccionista), que parte de concebir al ser humano como un ser eminentemente cultural. En todo caso, los psicólogos culturales tienen por delante estas decisiones y estas responsabilidades: desarrollar una psicología cultural discreta y acallada, o bien utilizarla para participar en el movimiento de transformación que, para muchos, la psicología necesita. Porque, en efecto, la psicología cultural puede contribuir, substancialmente, a construir una psicología de lo humano, más humana.

REFERENCIAS

Aguirre, Á. (1995). La Psicología Cultural. *Anthropologica. Revista de etnopsicología y etnopsiquiatría, 17*, 47-69.

Anastasi, A. (1971). *Psicología Diferencial*. Madrid: Aguilar.

Bandura, A. & Walters, R.H. (1963). *Social learning and personality*. New York: Holt, Rinehart & Winston.

Billig, M. (1987). *Arguing and Thinking: A rhetorical approach to social psychology*. Cambridge: Cambridge university Press.

Blumer, H. (1969). *Simbolic Interactionism* (trad. cast.: *El Interaccionismo simbólico: perspectiva y método*. Barcelona: Hora, 1982).

Boesch, E.E. (1990). *Symbolic action theory and cultural psychology*. New York: Springer-Verlag.

Bruner, J. (1990). *Acts of Meaning*. (Trad. cast.: *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza Editorial, 1991.)

Cole, M. (1990). Cultural Psychology: A Once and Future Discipline? In J.J.Bermann (Ed), *Cross-Cultural Perspectives*. Lincoln and London: University of Nebraska Press.

Cole, M. (1995). Socio-cultural-historical psychology: Some general remarks and a proposal for a new kind of cultural-genetic methodology. In J.V. Wertsch, P. del Río and A. Álvarez (Eds), *Sociocultural Studies of Mind*. New York: Cambridge University Press.

Cole, M. (1996). *Cultural Psychology*. Cambridge: Harvard University Press. (Trad. cast.: *Psicología Cultural*. Madrid: Morata, 1999.)

Domingo, J.Mª. (1992). *La cultura en el laberinto de la mente. Aproximación al análisis psicocultural en la obra de Jerome Bruner*. Tesis doctoral no publicada. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona.

Ecksenberg,, L. (1990). From cross-cultural psychology to cultural psychology. *Newsletter of the Laboratory of Comparative Human Cognition, 12*, 37-52.

Edwards, D. (1995). A commentary on discursive and cultural psychology. *Culture and Psychology, 1*, 55-65.

Edwards, D. & Potter, J. (1992). *Discursive psychology*. London: Sage.

Freud, S. (1967). Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva.

Gadamer, H.G. (1976). *Vérité et méthode*. Paris: Seuil.

Garcia-Borés, J. (1993). La crítica sociocultural como intervención. En B.González Gabaldón y A.Guíl Bozal (Comps.), *Psicología Cultural* (pp. 93-101). Sevilla: Eudema.

Garcia-Borés, J. (1995). Breve reseña histórica sobre la institucionalización de la Psicología Cultural en la Universidad de Barcelona. *Anthropologica. Revista de etnopsicología y etnopsiquiatría, 17*, 73-79.

Garcia-Borés, J. y Serrano, J. (1992). *Algunas implicaciones del carácter cultural del conocimiento: de la ilusión de neutralidad a la crítica sociocultural*. Comunicación presentada en el III Encontro Luso-Espanhol de Psicologia Social, Lisboa.

Geertz, C. (1973). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.

Gergen, K.J. (1985). The social constructionism movement in modern psychology. *American Psychologist, 40*, 3, 266-275.

Gergen, K.J. (1989). La psicología posmoderna y la retórica de la realidad. En T. Ibáñez (Coord.), *El conocimiento de la realidad social* (pp. 157-186). Barcelona: Sendai.

Gordo, A. y Linaza, J.L. (Comp.) (1996). *Psicologías, discursos y poder: Metodologías cualitativas y perspectivas críticas*. Madrid: Visor.

Ibáñez, T. (Coord.) (1989). *El conocimiento de la realidad social*. Barcelona: Sendai.

Ibáñez, T. (1994). *Psicología social construccionista*. México: Publicaciones de la Universidad de Guadalajara.

Ibáñez, T. (1995). Ciencia, retórica de la «verdad» y relativismo. *Archipiélago, 20*, 33-40.

Íñiguez, L. y Antaki, C. (1998). Análisis del Discurso. *Anthropos, 117*, 59-66.

Jahoda, G. (1992). *Crossroads between Culture and Mind*. (Trad. cast.: Encrucijadas entre la cultura y la mente. Madrid: Visor, 1995.)

Kantor, J.R. (1982). *Cultural Psychology*. Chicago: Principia Press.

Lucariello, J. (1995). Mind, culture and person: elements in cultural psychology. *Human Development, 38*, 2-18.

Parker, I. (1996). Discurso, cultura y poder en la vida cotidiana. En A. Gordo y J.L. Linaza (Eds.), *Psicologías, discursos y poder: metodologías cualitativas y perspectivas críticas* (pp. 79-92). Madrid: Visor.

Polkinghorne, D.E. (1988). Narrative knowing and the human sciences. New York: SUNY.

Price-Williams, D.R. (1980). Toward the idea of a cultural psychology: A superordinate theme for study. *Journal of Cross-Cultural Psychology, 11*, 77-88.

Ratner, C. (1991). *Vygotsky's sociohistorical psychology and its contemporary applications*. New York: Plenum.

Ricoeur, P. (1981). *Hermeneutics and the human sciences*. New York: Cambridge University Press.

Sarbin, T.R. (1986). *Narrative psychology: the storied nature of human conduct*. New York: Praeger.

Schnitman, D.F. (Comp.) (1994). *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad.* Buenos Aires: Paidós.
Segall, M.H., Dasen, P.R., Berry, J.W., & Poortinga, Y.H. (1990). *Human Behavior in Global Perspective: An Introduction to Cross-Cultural Psychology.* New York: Pergamon.
Serrano, J. (1991). *La visión psicosocial de A. Adler.* Tesis doctoral no publicada. Barcelona: Universitat de Barcelona.
Serrano, J. (1995). La emergencia de la psicología cultural en el panorama de la psicología actual. *Anthropologica. Revista de etnopsicología y etnopsiquiatría, 17,* 35-45.
Serrano, J. (1996). La psicología cultural como psicología crítico-interpretativa. En A. Gordo y J.L. Linaza (Eds.), *Psicologías, discursos y poder: metodologías cualitativas y perspectivas críticas* (pp. 93-106). Madrid: Visor.
Serrano, J. & Garcia-Borés, J. (1993). *Sociocultural Psychology and the condition of psychologist.* Comunicación presentada en la Vth Conference International of Theoretical Psychology, Saclas, Paris.
Shotter, J. (1989). El papel de lo imaginario en la construcción de la vida social. En T. Ibáñez, *El conocimiento de la realidad social* (pp. 135-156). Barcelona: Sendai.
Shweder, R.A. (1984). Preview: A colloquy of culture theorist. In R.A. Schweder and R.A. Levine, *Culture Theory: Essays on Mind, Self and Emotion.* New York: Cambridge University Press.
Shweder, R.A. (1990). Cultural Psychology - what is it? In J.W.Stigler, R.A. Shweder, G. Herdt, *Cultural Psychology. Essays on comparative human development.* Cambridge: Cambridge Univ. Press.
Shweder, R.A. (1991). *Thinking through cultures. Expeditions in cultural psychology.* Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
Stigler, J.W., Shweder, R.A. & Herdt, G. (1990). *Cultural Psychology. Essays on comparative human development.* Cambridge: Cambridge Univ. Press.
Taylor, C. (1985). *Human Agency and language.* Cambridge: Cambridge Univ. Press.
Triandis, H.C. & Lambert, W.W. (Eds.) (1980). *Handbook of cross-cultural psychology.* Boston: Allyn and Bacon.
Valsiner, J. (1988). *Developmental Psychology in the Soviet Union.* Bloomington: Indiana University Press.
Van der Veer, R. & Valsiner, J. (1991). *Understanding Vygotsky.* Oxford: Blackwell.
VV.AA. (1995). La Psicología Cultural. *Anthropologica. Revista de Etnopsicología y etnopsiquiatría, 17.*
Wertsch, J.V. (1985). *Vygotsky and the social formation of mind.* Cambridge: Harvard University Press. (Trad. cast.: Vygotsky y la formación social de la mente. Barcelona: Paidós, 1995.)
Wertsch, J.V. (1991). *Voices of the mind.* Cambridge: Harvard University Press.
Wertsch, J.V., Del Río, P. y Álvarez, A. (Eds.) (1995). *Sociocultural Studies of Mind.* New York: Cambridge University Press.
White, L.A. (1949). El símbolo: el origen y la base del comportamiento humano. En P. Bohannan y M. Glazer, High Points in Anthropology. (Trad. cast.: *Antropología. Lecturas.* Madrid: McGraw Hill, 1993, pp. 347-368.)